

Un filósofo sin fronteras

Obituario de Ernesto Garzón Valdés (1927-2023)

El pasado 19 de noviembre murió el profesor Ernesto Garzón Valdés en su casa de Bonn, un lugar de referencia durante decenios para colegas y amigos iusfilósofos de todo el mundo. Con él desaparece no sólo una figura irremplazable, sino alguien a quien se aplica con toda justicia lo que dejó escrito Brecht: «hay hombres que luchan un día y son buenos; hay otros que luchan un año y son mejores; hay quienes luchan muchos años y son muy buenos; pero los hay que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles». Ernesto, un trabajador infatigable («adicto al trabajo, de perfil bajo», como le describió su bien amigo Francisco Laporta), que nunca se dejó vencer por las circunstancias más adversas, ni descansó cuando la gran mayoría de nosotros habría dado por más que cumplida la tarea, era realmente un «imprescindible».

En ocasión ya lejana, en la *laudatio* por su nombramiento como doctor *honoris causa* por la Universitat de València, en 1998, le calificué, con una amable provocación para alguien que tenía unas profundas convicciones laicas, como verdadero «pontífice». Y reafirmo ese elogio ahora. Porque, además de una obra propia de muy considerable impacto, Ernesto tuvo un papel decisivo a la hora de crear puentes, de abrir y desarrollar relaciones intelectuales –y también personales– muy fructíferas a varias generaciones de profesores de filosofía del Derecho, filosofía política y filosofía moral, de la filosofía práctica, en suma, entre el mundo académico e intelectual europeo, anglosajón y latinoamericano, a los que ayudó desde su etapa de formación y más allá de la madurez, para crear grupos de investigación abiertos, verdaderas redes internacionales y multidisciplinares, gracias a una labor incansable que le llevaba a viajar de modo constante de un punto a otro, y a hacer surgir iniciativas, verdaderas empresas intelectuales, de

indiscutible proyección y solidez. Por ejemplo, la creación de revistas de prestigio científico internacional, como *Doxa* o *Isonomía*, de las que fue el promotor sin tratar de imponer un criterio único, aunque algunos de los que tuvimos la suerte de acompañarle en el nacimiento de ellas fuéramos en ese momento jóvenes profesores e investigadores que empezaban su andadura académica. Ernesto practicó siempre la elegancia intelectual de hacer compatible el respeto personal hacia todos sus interlocutores, con el ejercicio de la crítica a fondo de todos los argumentos y posiciones. Hablo también de proyectos editoriales como la colección de *Estudios alemanes*, o la *Biblioteca de Ética, filosofía del Derecho y política*, un legado duradero en el que invitó a participar a cuantos mostraban su disposición y –eso sí– una voluntad de trabajo y rigor que cumpliera con la exigencia que siempre pedía a todos. Hablo, por supuesto, de seminarios permanentes de formación, entre los que destacan los encuentros en Tossa de Mar, que coordinaba con su más antiguo discípulo e íntimo amigo, Jorge Malem y que constituían no sólo un lugar de encuentro y de convivialidad, sino una suerte de test intelectual para quienes querían probar sus armas en el debate iusfilosófico. O el «seminario García Maynez», creado por él en México, con la ayuda de otro de sus grandes amigos y también discípulo, Rodolfo Vázquez, en el año 1991. Por supuesto, el seminario permanente que impartió con periodicidad mensual durante más de veinte años en la Universitat Pompeu Fabra –en muchos sentidos su segunda casa intelectual–, en la que deja un gran número de amigos y excelentes profesores, comenzando por el mencionado Jorge Malem, el añorado Albert Calsamiglia y Jose Juan Moreso, que dirige uno de los más brillantes grupos de trabajo iusfilosóficos. Hablo también del *Tampere club*, en Finlandia, o del más reciente de ellos, que animó con la Fundación Coloquio Jurídico Europeo. Seminarios siempre encaminados a propiciar el debate intelectual y también a prolongarlo más allá del escenario presencial, gracias a su afán de hacer posible que se tradujeran en publicaciones asequibles para todos los que no pudieran participar en ellos.

La biografía personal e intelectual de Ernesto –de la que nos queda un testimonio tan valioso como autocrítico en su libro *El velo de la ilusión*– es imposible de resumir en una nota como ésta. Quizá una de las mejores aproximaciones es la relativamente temprana entrevista que le hicieron dos de sus mejores amigos, Manuel Atienza y Juan Ruiz Manero, en la revista *Doxa*, en 1987, o en la amplísima *Derecho, ética, política*, editada en 1992, aunque si se piensa en el enorme trabajo posterior de Ernesto parece claro que no puede quedar limitado a esos precisos y ricos retratos.

Nacido en Córdoba (Argentina), en 1927, fue un muy destacado representante de la escuela argentina de teoría y filosofía del Derecho, conformada, entre otros, por Ambrosio Gioja, Genaro Carrió, Carlos S. Nino, Carlos Alchourrón o Eugenio Bulygin. Conjugaba la metodología analítica con un amplísimo conocimiento de los clásicos del

pensamiento filosófico, jurídico y político, una inverosímil capacidad de trabajo y una insaciable curiosidad intelectual, que le hacía estar al corriente de las más novedosas contribuciones, no sólo académicas, sino en el mejor sentido, cultural.

De su aportación intelectual en el ámbito de la filosofía práctica vale citar su muy difundida tesis del «coto vedado», de raíces kelsenianas, pero con una convicción firme y coherente sobre la inexorable relación entre Derecho y ética como se pone de manifiesto en su artículo en *Doxa*, en 1982, o su trabajo seminal sobre la tolerancia (su muy citado artículo en el número 19 de 1992, de la revista *Claves de la razón práctica* con la paráfrasis a un *motto* de Manuel Vicent «No pongas tus sucias manos sobre Mozart»), o, por citar otros muy conocidos ensayos suyos, los que reunió bajo el título de *Calamidades* (2004) y que recogían su intervención en las conferencias Aranguren, en los que presta atención entre otros a problemas como la corrupción política, las intervenciones humanitarias armadas o el terrorismo de Estado.

Vuelvo a insistir en esa enorme contribución de abrir fronteras: gracias a sus iniciativas, centenares de profesores e investigadores universitarios establecieron contacto con otras tradiciones y, como he señalado, crearon fuertes y perdurables lazos intelectuales. Gracias a él –también a Elías Díaz y a Gregorio Peces-Barba–, varias generaciones de profesores de filosofía del Derecho de universidades españolas, sobre todo la Pompeu Fabray la de Alicante, pero también la de Valencia, la Autónoma de Madrid, Zaragoza, Carlos III o Sevilla, pudimos salir del estrecho marco universitario dominante en nuestro país aún en los años 70 y entrar en contacto con lo mejor de la filosofía jurídica europea, norteamericana y latinoamericana. Como muestra de agradecimiento, recibió el doctorado *honoris causa* por un buen número de esas universidades.

Se da la circunstancia de que Ernesto ha muerto antes de que se conociera el resultado de las elecciones presidenciales en su país, que dio una victoria sólida al ultra populista Javier Milei. Los que conocimos a quien no acostumbramos a llamar «maestro», tenemos la convicción de que frente a nuestra desolación, nos habría recordado, con su proverbial ironía y elegancia intelectual, que ha habido otros tiempos aún más difíciles y que se pueden superar. Él mismo lo hizo, con enorme inteligencia y trabajo, cuando fue represaliado por la dictadura de Videla, expulsado de la universidad y del cuerpo diplomático (había sido entre otras cosas embajador plenipotenciario en Bonn) y forzado al exilio en Alemania: Borges lamentó su expulsión en un memorable artículo titulado *Prescindir de los mejores*. En Alemania obtuvo la cátedra en la Universidad de Mainz, en la que se jubiló y desde la que llevó a cabo la ingente labor que he tratado de resumir.

Ernesto era un lector infatigable albergaba una enorme y siempre insatisfecha curiosidad intelectual que le hacía estar al tanto también de los principales movimientos artísticos y literarios. Conocía, por

ejemplo, la obra de un coetáneo suyo, de peculiar trayectoria intelectual y política, José Bergamín, que, en un libro precioso e inmisericorde, *Esperando la mano de nieve*, dejó escrito «vienes de un mundo de mortal memoria/ y vas a otro de mortal olvido». Es una sentencia que no se aplicará a nuestro Ernesto Garzón Valdés: sus amigos y, sobre todo, sus discípulos, sus estudiosos y sus lectores, aseguran larga vida a su legado.

JAVIER DE LUCAS
Universitat de València